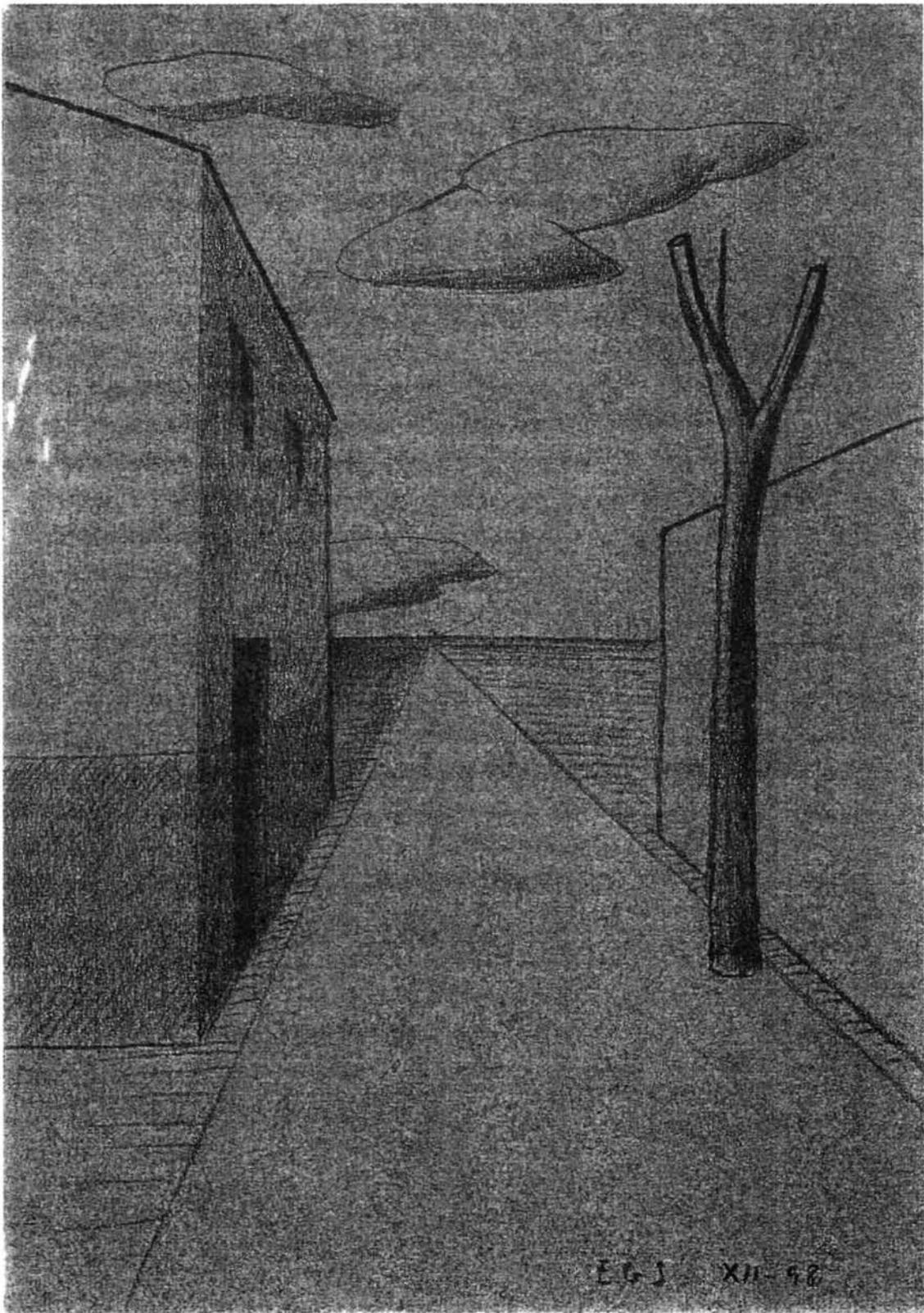


BIBLIOTECA



América en los libros

Los perros románticos. Poemas 1980-1998, Roberto Bolaño, presentación de Pere Gimferrer, *El Acantilado*, Barcelona, 2006, 88 pp.

La voz de Bolaño no es la de un poeta sino la de un lector de poesía. Un lector atento, pero de catálogo intermitente. Esta atracción desreglamentada por el verso explica ciertos intentos suyos de sintetizar la enseñanza poética por medio de evocaciones vicarias. Verbigracia, la casualidad y el capricho. Para compensar el desequilibrio, en sus comentarios recurre a la ironía, por lo común evidente, a veces subterránea. Como aval de lo dicho, sirva este caso que extraigo de *Entre paréntesis* (2004): persuadido de que, a excepción de Miguel Casado, los poetas nacidos en la década del cincuenta son de ínfima calidad, Bolaño decide no enterarse de lo que se mueve en la poesía española a partir de esa fecha, y se contenta con leer y releer a Leopoldo Panero, a Pere Gimferrer y a unos pocos más de la generación precedente. El consiguiente elogio, en discordancia con los nombres ignorados, se dirige a Gimferrer,

«que es un gran poeta y que además lo sabe todo y lo ha leído todo». Aquí viene a cuento recordar que todo buen aprecio se atrinchera en la comparación. Lo sabe el elogiado, que emplea la misma fórmula para comentar los versos de Bolaño: «Porque el autor es chileno y hace a Parra personaje de un poema, parece inevitable hablar de antipoemas; porque es muy conocido como narrador, resulta lógico referirse a sus poemas narrativos».

De modo que esta poesía, a la vez explicativa y coloquial, nos arrastra a lugares de confluencia con cuentos y novelas del mismo autor. Léase: «Soñé con detectives perdidos en la ciudad oscura. / Oí sus gemidos, sus náuseas, la delicadeza / De sus fugas». Si acaso, el contenido deviene en paráfrasis. Discreta misión del artista es la de canibalizar su obra sin abusos ni malos cálculos. En todo caso, es evidente que Bolaño poeta no cede en primacía de mérito a Bolaño narrador, pero manifiesta simpatías acendradas por el mismo tipo de personajes y por la misma variedad de sentimientos que emplea en el arte de novelar.

«Servía para la química –escribe–, para la química pura. / Pero preferí ser un vagabundo. / Vi el amor de mi madre en las tempestades del planeta. / Vi ojos sin cuerpo, ojos ingravidos orbitando alrededor de mi lecho. / Decían que no estaba bien de la cabeza». Oportunamente, aquí se acentúa una personalidad excesiva, que no descarta el patetismo en los detalles. A falta de perfección como estilista, el autor tampoco excluye los prestigios más positivos de la aventura, granjeándose nuestra simpatía por medio de esta referencia: «Todo ha terminado, dice la voz del sueño, y ahora eres el reflejo / de aquel señor Wiltshire, comerciante de copra en los mares del sur, / el blanco que desposó a Uma, que tuvo muchos hijos, / el que mató a Case y el que jamás volvió a Inglaterra».

Plenos de flexibilidad idiomática, estos versos se adentran asimismo en la humorada, en las bromas donde hallamos en vigoroso relieve la esencia perdurable del escritor chileno. Va dirigida esta opinión a poemas como el que sigue, hilvanado, como siempre, en un clima extraño. Si no exactamente una prueba de cargo –golpes de pecho, esto viene a ser la identidad–, hallamos en él los cálculos de un sudamericano que se mueve en tie-

rra de godos y aún sigue soñando. Qué importa si lo hace en el borde del abismo: «Como era pigmeo y amarillo y de facciones agradables / Y como era listo y no estaba dispuesto a ser torturado / En un campo de trabajo o en una celda acolchada / Me metieron en el interior de este platillo volante / Y me dijeron vuela y encuentra tu destino».

La Mara, Rafael Ramírez Heredia, Alfaguara, Madrid, 2004, 350 pp.

Por caminos tortuosos, venimos a desembocar en la frontera. Con esta iluminación, todo adquiere sentido en *La Mara*. Huidas y cabalgadas a través de ese deslinde: tema forzoso en las conversaciones de quien protagoniza esta novela, Ximenus Fidalgo, el hijo predilecto de Dios en un templo miserable, de ésos que organizan su penumbra con barrotes oxidados.

Lo que en nuestro cómodo universo entendemos por migración es una búsqueda del séptimo cielo para aquéllos que acuden al consultorio de Ximenus. No obstante, nadie crea que su presencia asoma entre gente medio forajida y de peor vivir. A un paso del perímetro norteño, nuestro hombre acari-